

A partir del presente número, *Arquitectura* quiere introducir en su sección de OPINIONES otras que no sean aquellas encargadas desde la revista, para lo cual esta sección queda abierta a colaboraciones, comúnmente llamadas cartas, desde donde los lectores y suscriptores de *Arquitectura* puedan enviarnos sus OPINIONES tanto en lo referente a los contenidos de números previos de la revista como a otros temas.

*Starting with this issue Arquitectura wishes to introduce in its OPINIONS section other opinions that are not those sought by the magazine. Therefore, this section is now open to contributions, commonly known as letters to the Editor, in which Arquitectura's readers and subscribers can send us their OPINIONS concerning the contents of previous issues of the magazine as well as other subjects.*

## Arcadas para motivar arcadas

La mejor arquitectura de este siglo podría rastrearse a través de las Ferias y Exposiciones Internacionales; también la peor edificación como fue el caso de la Exposición Internacional de Sevilla del año 1929. En un momento de reflujo histórico y de miedo al futuro, con el “deco” antimoderno y decorativista hechizando a todo Occidente, en Sevilla se perfeccionaba el ridículo y el mundo se hacía banal, retrógrado y castizo en pabellones histriónicos de fácil historicismo y folklore plebeyo.

Pero hagamos recuento de lo mejor de aquellas Exposiciones y dejemos en el abono del olvido el resto.

Los ejemplares aquí enumerados no fueron sólo la gran arquitectura de aquella Muestras sino también pare de la mejor arquitectura de la historia en los dos últimos siglos. Veámoslos: París 1925, Pabellón soviético (Melnikov); Brno 1928, Pabellón de la Cultura Contemporánea (Fuchs y Bohuslav); Barcelona 1929, Pabellón de Alemania (Mies Van der Rohe); Estocolmo 1930, Varios Pabellones de Suecia (Gunnar Asplund); París 1937, Pabellón español (Lacasa y Sert), Pabellón de los Nuevos Tiempos (Le Corbusier), Pabellón checoslovaco (J. Krejcar); Nueva York 1939, Pabellón de Brasil (Niemeyer y Costa), Pabellón de Finlandia (A. Aalto), Pabellón de Suecia (S. Markelius).

Tras la segunda guerra mundial, y con la guerra fría, la arquitectura pierde su norte, la esperanza en el progreso y la utopía. Por ello resulta difícil recordar algún otro pabellón de esa época que sea digno de mención.

De entre las obras citadas, casi todas han desaparecido, alguna ha pasado por el baldón de la doble construcción, del triste arrepentimiento, a su vez doblemente infame en opinión de Spinoza. Aun así, su influencia grandiosa, utópica, benéfica no sólo no ha concluido, sino que continuará durante

años y años. La Historia del siglo XX ha sido tan aciaga y regresiva, con sus guerras, sus campos de concentración, sus dictaduras militares, su imperialismo rapaz, sus anti o postmodernismos formalistas, que nos vemos obligados a seguir considerando las obras reseñadas más arriba como parte del punto de partida para la arquitectura del próximo siglo. Si la Humanidad no hubiera sufrido tal frenazo, todas ellas podrían formar hoy parte de un neolítico paleotécnico o al menos de la Historia superada.

Hay que llegar a Sevilla en avión, para degustar, usar y ver su nuevo aeropuerto. Toda su arquitectura es antigua y señorial. Un sugerente decorado “andalusi” constituye su bonito vestíbulo, con sus empáticas o milagrosas columnas, su cielo azul nocturno sobre los falsos techos de hormigón armado, sus capiteles de ingenua y tierna papiroflexia, su ambientación placentera bien de báquicas bodegas, bien de afroditeo serrallo, su gordura sensual y gravitatoria, su monumentalismo efectista, su ritmo inmovilista ajeno a la locura del espíritu de la aviación, sus aparcamientos pesados, suntuosos y masivos ajenos a la locura del espíritu automovilístico..., cualquiera pensaría que todo aquello fuera fruto de fantasías neuróticas africanas, pero muy al contrario, se trata de una realidad donde todo lo que no es ambiciosa decoración es diseño localista y memorioso.

La llegada a la Expo, impacta como un aglutinado de llamativos e inconexos super-egos compitiendo en lides neo liberales.

Ha debido ser planificada a partir del Tío Gilito mientras soñaba formar parte del jurado para un concurso de Miss Miami. Todo un éxito de rentabilidad. Nunca se vio tanta gesticulación por metro cuadrado. Sólo en tan bajo ambiente físico y ético, pueden entenderse edificaciones que en otro contexto serían aberrantes.

Cuando se ha terminado de disfrutar de aquella “parada inmóvil” uno puede llegar a la conclusión de que las escasas piezas extranjeras indultables son las siguientes: Pabellón de Chile, Pabellón de Finlandia, Pabellón de Alemania, Pabellón de Gran Bretaña, Pabellón de Siemens.

Los pabellones de Italia y Japón tan hermanados, otra vez, a través de la geometría de planta por su heroica simetría funeraria de mausoleo, tienen cierto interés, si bien la madera del pabellón japonés es, a pesar de las apariencias, más simbólica y epidérmica que estructural.

El resto de la feria será una divertida película de ultratumba (Hungría), con vetas de ciencia ficción aldeana (USA y Noruega), de humor negro deconstruido (Suecia), de repugnancias de confitería (Mónaco) etc.

De los pabellones españoles hay que decir que dentro del croquetismo general, mantienen un nivel medio superior a la media internacional.

Los dos edificios más serios de la Expo son de

oficinas: las propias de la Expo y las de Telefónica. El pabellón rotundo de las Consejerías Autónomas y el multicúbico del Descubrimiento tan opuestos, adolecen simultáneamente de gracia y de elegancia. Nacen de proyectos académicos, acartonados. En el primer caso se contraponen el monolitismo kahniano y masivo al carácter ligero y moderno propio de un pabellón de exposiciones y feria. En el segundo la contradicción es más profunda entre la tecnología constructivista del acero y la geometría obstinada, hierática, rígida, cadavérica. Es puro hiperestatismo y empotramiento espeso. A pesar de lo dicho, la arquitectura anida en ambos.

Los pabellones de la Navegación y del Futuro son igualmente comparables en sección y en estructura formal pero las diferencias son grandes. El pabellón de la Navegación es un producto de calidad con fallos imperdonables como el volumen del mirador, torpemente yuxtapuesto, pegoteado a la hermosa nave que resulta dañada; o con aquellas vigas de hierro de gran canto empotradas en los arcos de madera... Lo mejor del pabellón es la torre.

El pabellón del Futuro con una fachada de obscenidad rociera mirando a la ciudad, ofrece, alegre y cañí, una burla permanente y divertida a la inteligencia y al buen gusto. Su éxito de masas está garantizado. Ha sido realizado con el subterfugio circense de la piedra armada, enhebrada en un delicado, atrevido y minucioso “croché” para cuya primorosa labra, ha habido que recurrir a la ingeniería de Ove Arup aunque lo apropiado hubiera sido recurrir a la Sexta Flota: milicia, cirugía e ingeniería delatan los fracasos de políticos, médicos y arquitectos, respectivamente. A pesar de ello, debe añadirse que su iluminación natural es inteligente, aunque la cubierta es blandengue y asiática, y el caprichoso giro final del volumen, anecdótico e injustificable pero “grassiosso”. En resumen un kitsch costumbrista, y un marco idóneo para el baile por sevillanas de Manolita Chen.

Lamentable, en mayor medida si cabe, es el Pabellón de España. Con sus “sólidos” platónicos acordes con la metafísica más reaccionaria, autoritaria y faraónica, combina las formas categóricas y acérrimas de un Mediterráneo intransigente y fanático con otras volumetrías múltiples, “democráticas” y deshechas que —como guarnición de los símbolos eternos— tienen una expresión intermedia entre el chalet para nuevo rico en Marbella y el centro comercial de la Francia provinciana: entre potaje y potage. Su interior no es laberíntico, sino caótico en el sentido menos fractal o creativo de la palabra.

La mejor obra de la Sevilla de la Expo —si excluimos la prodigiosa marquesina de la nueva Consejería de Agricultura— es la estación de Sta. Justa. Se le puede objetar el sistema rutinario de fenestración, pero todo lo demás la convierte en una de las mejores obras españolas de estos años: escala



6 triple de hombre, hombres y máquinas; espacialidad compleja, clara y rica; circulaciones limpias y panópticas; volumetría, aunque excesivamente medida, suficiente y "metropolitana"... En la nueva estación de Sevilla, además de encontrarse la arquitectura a cada paso, o precisamente por ello, uno se encuentra con la belleza. Tras abandonar una feria de vanidades, misérrimas en su mayor parte, coger el tren en una estación como ésta nos permite reconciliarnos con la Humanidad, esa Humanidad que va a exhibirse en la Expo, a través de los ropajes del "Nuevo Orden Mundial" tan lejanos a la arquitectura como era de esperar. Van a exhibirse unos intereses crueles con su traje de gala, pero siempre habrá un niño que diga: "van desnudos y son blandos, blancos y purulentos".

ANTONIO MIRANDA, Madrid

## Arcades to Motivate Arcades

The best architecture of this century could be traced through the International Fairs and Exhibitions, could the worst building as was the case of the International Exhibition of Seville of the year 1929. At a moment of historic ebbing and fear of the future, with the anti-modern and decorativist "deco", casting a spell over the entire West, in Seville, the ridiculous was perfected and the world became banal, reactionary and pure in hystrionic pavilions of easy historicism and plebian folklore.

But let us recount the best of those Exhibitions and leave the rest as fertilizer for oblivion.

The examples enumerated here were not only the great architecture of those Exhibitions, but also part of the best architecture of the history of the last two centuries. Let us take a look at them: Paris 1925, the Soviet Pavilion (Melnikov); Brno 1928, The Pavilion of Contemporary Culture (Fuchs and Bohuslav); Barcelona 1929, The Pavilion of Germany (Mies Van der Rohe); Stockholm 1930, Several Pavilions of Sweden (Gunnar Asplund); Paris 1937, The Spanish Pavilion (Lacasa and Sert), The Pavilion of the New Times (Le Corbusier), The Czech Pavilion of J. Krejcar; New York 1939, The Pavilion of Brazil (Niemeyer and Costa), The Pavilion of Finland (A. Alto), The Pavilion of Sweden (S. Markelius). After the Second World War and with the Cold War, Architecture lost its direction: the faith in progress and utopia. Therefore, it is difficult to recall any other pavilion of that epoch which is worthy of mention.

From among the works cited, almost all have disappeared, a few have undergone the disgrace of the double construction, of the sad repentance, which is, in turn, doubly infamous in Spinoza's opinion. Even so, its grandiose, utopian, beneficial influence not only has not concluded, but will continue during years and years.

The History of the 20th century has been so fateful and regressive, with its wars, its concentration camps, its military dictatorships, its rapacious imperialism, its formalist anti or post-modernisms, that we find ourselves obliged to continue, considering the works indicated above, as part of the starting point for the architecture of the next century. If Humanity has not suffered such a setback, all of them could form a part of the Paleotechnical - Neolithic era or at least of the surpassed History.

Sevilla must be reached by plane, in order to enjoy, make use of and see its new airport. All of its architecture is old and stately. A suggestive Andalusian set constitutes its lovely vestibule, with its miraculous columns, its nocturnal blue sky on the false ceilings of armed concretes, its capitals of ingenuous and tender papayroflexia, its placental atmosphere, as that of a bacchic wine cellar or and aphroditic brothel, its sensual and gravitational corpulence, its effectivist monumentalism, its immobilistic rhythm, so alien to the madness of the spirit of aviation, its heavy, lavish and massive parking areas, so far removed from the madness of the automobilistic spirit... Anyone would think that all of that was the fruit of neurotic fantasies, but very much to the contrary, it is a matter of a reality where everything which is not ambitious decoration is localist and retentive design.

Arrival at the Expo creates an impact like an agglutination of striking and unconnected super-egos, competing in neo-liberal battles. It must have been planned by the cartoon duck Uncle Scrooge, while he dreamt of forming a part of the panel of judges for the Miss Miami Contest, highly successful in terms of profitability. Never has so much gesticulation been seen per square meter. Only in such a low physical and ethical atmosphere, can one understand buildings, which would be aberrant in any other context. When one has finished enjoying that "immobile parade", one can reach the conclusion that the few pardonable foreing pieces are the following: The Pavilion of Chile, The Pavilion of Finland, The Pavilion of Germany, The Pavilion of Great Britain, The Pavilion of Siemens. The Pavilions of Italy and Japan so matched, again, through the geometry of the lay out, due to their heroic and funerary symmetry of a mausoleum, are of some interest, although the wood of the Japanese Pavilion is, despite its appearance, more symbolic and epidermal than structural.

The rest if the Fair will be an entertaining film from beyond the tomb (Hungary), with strains of rustic science fiction (U.S.A. and Norway), of deconstructed black humour (Sweden), or confectionary repugnancies (Monaco), etc.

Of the Spanish Pavilions, it is necessary to say that within the general design, they maintain a higher average level than the international average.

The two most serious buildings of the Expo are the Offices: those of the Expo itself and those of the Telefónica.

The round pavilion of the Autonomous Community Boards and the multicubic one of the Discovery, which are so opposed, fail simultaneously in terms of grace and elegance. They are born from academic, cardboard projects. In the first case, the Kahnian and massive monolithism is opposed to the light and modern nature, corresponding to a Pavilion of Exhibitions and Fairs. In the second, the contradiction is more profound between the constructivist technology of the steel and the obstinate, hieratic, rigid, cadaveric geometry. It is pure hyper-staticism and thick embedding. Despite what is said, the architecture takes resides in both.

The Pavilion of Navigation and the Future are also comparable in section and in formal structure but the differences are great. The Navigation Pavilion is a product of quality with unforgivable faults such as the volume of the observatory, clumsily juxtaposed, stuck to the beautiful ship which is damaged; or those iron beams with great angles, embedded in the arches of wood. The best of the Pavilion is the tower.

The Pavilion of the Future with the facade of rociera obscenity facing the city, offers joyful and gypsy notes, a permanent and entertaining jeering of ingelligence and good taste. Its success among the masses is guaranteed. It has been carried out with the circus-like subterfuge of armed stone, threaded in a delicate, daring and minute "croché" for whose exquisite carving, it has been necessary to resort to Ove Arup's engineering, although it would have been more appropriate to resort to the Sixth Fleet; militia, surgery and engineering, denounce the failures of politicians, doctors and architects, respectively. Despite this, it should be added that its natural light is intelligent, although the roof is weak and Asitic, and the capricious final turn of the volume is anecdotal and unjustifiable but amusing. In summary, a colorful kitsch and an ideal setting for the sevellana dances of Manolita Chen.

Unfortunately, to a greater extent, if that is possible, is the Pavilion of Spain. With its platonic "solids" in accordance with the most reactionary, authoritarian and pharaonic metaphysics, it combines the categorical and staunch forms of an uncompromising and fanatic Mediterranean with other multiple, democratic and rejected volumetries, which—as an adornment of the eternal symbols—is an intermediate expression between the home for a newly wealthy person in Marbella and the shopping center of the provincial France: between Spanish potaje and French potae. Its interior is not a labyrinth, but it is chaotic in the less creative meaning of the word.

The best work of the Seville Expo, if we exclude the prodigious canopy of the new Agricultural Board, is the Santa Justa Station. One can object to the routine system of fenestration, but all the rest makes it one of the best Spanish works of these past few years, for the following reasons: a triple scale of man, men and machines; complex, clear and rich spaciality; clean and panoptic circulations; volumetry, although excessively measured, sufficient and "metropolitan"... In the new Seville Station,



*in addition to finding architecture at each step or precisely because of it, one encounters beauty. After abandoning a Fair of Vanities, very wretched for the most part, taking the train in a station like this one makes it possible for us to reconcile ourselves with Humanity —that Humanity which is going to exhibit itself at Expo, through the vestiments of the “New World Order”, so far from architecture as was to be expected. What is going to be exhibited are some cruel interests with their evening wear, but there will always be a child who says: “They are naked and they are soft, white and purulent”.*

ISABEL VIDAL y ANTONIO MIRANDA, Madrid  
Translated by Muriel Feiner

## El patio de mil casas no es particular

Una definición urbana del automóvil privado podría ser la de máquina para la creación de un no-lugar: cuando está en movimiento quiebra la estaticidad esencial del espacio-lugar y cuando está en reposo lo ocupa masivamente expulsando a quien se pudiera identificar con él. Un afamado novelista checo explicó así la diferencia que existe entre camino y carretera; mientras el primero aún era un lugar, la segunda no. (Milán Kundera, *La inmortalidad*).

Otro afamado, esta vez arquitecto y suizo-francés, llevado de su pasión por los automóviles privados, hace más de medio siglo denominó calles-corredor a los viejos espacios urbanos de representación y comunicación, vulgarmente conocidos como calles. Quiso así que desaparecieran de una manera coherente: ya que los automóviles invadían la escena, las casas deberían marcharse a otra parte, por ejemplo, convirtiéndose en bloques en medio de verdes praderas. Un no-lugar, la carretera, generaba a su vez muchos otros no-lugares, los bloques de viviendas. (Le Corbusier, *Principios del Urbanismo*). El mayor no-lugar de Madrid es, como se sabe, la M-30, un espacio por el que “pasan” a diario millares de seres humanos que van de una a otra parte sin estar entre tanto en ninguna. La pregunta es la siguiente: ¿es posible que ante un no-lugar de semejantes proporciones pueda surgir un lugar? Cuando le dije al taxista, “lléveme a la cárcel del pueblo”, no dudó ni un instante, pero a cambio me respondió: “creo que por dentro está muy bien”. No era la primera vez que oía esa justificación para la atrocidad construida por un arquitecto profesor de arquitectos y que según leo en los periódicos está dirigiendo este verano seminarios de la Universidad sobre Arquitectura e Identidad Urbana. Con la opinión del taxista volvía la esperanza, aunque si se es prudente, ya se sabe, no hay que fiarse mucho de los taxistas.

Todo el mundo ha entendido que la espantosa fachada de las viviendas de promoción pública en la M-30 a las que me refiero, no es sólo una respuesta al horror de la inmensa autopista sino una especie de identificación o eco de ella, de manera que no podrían entenderse una sin la otra. Nadie se había atrevido todavía a pintar la carretera en la fachada, ni a que se vieran las caras tan expresamente. Ningún promotor privado lo hubiera hecho. Fijense si no, que los bloques de las inmobiliarias están mayormente colocados de forma perpendicular a la autopista a la que solo muestran una medianera; mientras que en sus fachadas aún tienen ventanas amplias y balcones como si los inquilinos pudieran ver o asomarse a algún “lugar”. Mas la ausencia de responsabilidades en la promoción pública y el desmedido protagonismo de un arquitecto nombrado e iluminado, lo han conseguido; y el resultado es que, queriéndolo o sin querer, al pintar la autopista en la fachada de las casas, les ha salido una cárcel. Hasta ahí, digo, todo el mundo lo ha entendido.

Lo que ya nadie ha explicado es que puesto que el edificio se enrosca, además de gravísimos problemas de orientación en los que no vamos a entrar, sucede que lo que es respuesta a la M-30, es propuesta para las calles de veinte metros de ancho que surgen más allá de la autopista y que no tienen nada que ver con ella, pues son calles por las que todavía anda gente y a las que abren sus ventanas y balcones otros edificios. Las no-ventanas de la no-fachada se ven tan de cerca, desde las ventanas de la casa de enfrente o desde las aceras de la calle macabramente llamada “Félix Rodríguez de la Fuente”, que uno se queda ciertamente sobrecogido. Hay en muchas de ellas unas rejas similares a las de las prisiones, sobre las que los inquilinos ponen cartones o trapos que traen a la memoria los sórdidos bloques del Bronx o de los guetos de la zona sur de Chicago.

Horrorizado con el espectáculo el visitante busca la boca de ese espacio feliz que le habían prometido y mientras sorteja los coches que le han puesto al paso justo en la misma entrada del patio recuerda, si es observador, que todas las puertas del edificio abren precisamente a los no-lugares exteriores y no al espacio interior. Sorprende que un edificio tan “comunitario” se estructure mediante múltiples accesos convencionales de cajas de escalera de dos puertas por rellano; pero la sorpresa se torna en alarma cuando constatamos que las puertas de las casas, focos de vida y de relación entre lo privado y lo público, entre lo individual y lo comunitario, no dan al prometido lugar interior sino al inhóspito exterior. Y esa observación le va a evitar la terrible decepción que le espera.

A pocos meses de su inauguración, el patio interior está horriblemente degradado, sucio y lleno de basuras. Apenas hay nadie en él pero a cambio se oyen claramente los gritos y risas que salen de las

casas; y se sienten, como pinchazos, las miles de miradas que desde las ocultas terrazas se dirigen al visitante. ¿Qué pasa aquí? Que sensación más extraña, ¿no? Uno se siente solo y furtivo y mira al suelo. Está lleno de desperdicios de toda clase. A finales de junio de 1991 las plantas están ya agostadas, los abetos secos, el mobiliario sucio, roto o despintado. Un montón de hierros retorcidos procedentes de sus falsos techos ocupan los dos pasadizos de entrada. Los aparcamientos del semisótano están completamente vacíos pues sus rampas de acceso los taponan cientos de destrozados carros de la compra de un hipermercado cercano. Los respiraderos del aparcamiento son blanco de latas, zapatos viejos, cartones o lo que se tercie, lanzados desde las casas. Levantamos entonces la vista del suelo y miramos a las casas buscando a los culpables, a esos a los que el arquitecto les recriminaba en una inolvidable entrevista de un telediario de Jesús Hermida, que lo que tenían que hacer para entender su edificio era estudiar arquitectura. Les oímos, sentimos sus miradas, pero ¡diablos!, no se les ve; no hay manera de verlos porque, en efecto, están perfectamente camuflados tras las pintarrajeadas fachadas del patio. Si las fachadas eran en el exterior el reflejo y extensión de la inhumana autopista, aquí en el patio, las fachadas son como gigantescas máscaras de colores chillones que ocultan siniestramente al vecindario. Pero aún se les oye. Se les oye muy bien desde el patio. Y reconocemos su acento. Pobre gente, pensamos. ¿Qué hacen ahí dentro? Pero..., ¿no son esas voces las mismas de quienes contruyen hermosísimos pueblos de rica volumetría blanqueados casa a casa cada primavera? (¿es esa gente la que tiene que estudiar arquitectura?) ¿No son acaso de ese pueblo que cada mañana sale a barrer y a regar su trozo de calle, que adorna sus balcones con flores y que saca un banco junto a la puerta de su casa para sentarse a charlar con el que pase? Pero si son de esa tierra bendita que de la pobreza ha sabido extraer belleza y limpieza. ¿Qué hacen ahí metidos entre la fachada de la autopista y la fachada de la máscara con el coche en la puerta? No. Estas viviendas tenían que haberse destinado a gentes sin iniciativa propia, por ejemplo funcionarios o sindicatos. A gentes domesticadas y sin imaginación y un pelín leídos, para que encima presumiesen ante sus amistades de vivir en el edificio de un arquitecto por el que, según se dijo en aquella entrevista, se han interesado muchas revistas internacionales. Brigadas de otros funcionarios arreglarían cada año los naturales desperfectos y repintarían las fachadas y todo estaría siempre como el primer día. O no, aún mejor: tenían que haber sido destinadas a arquitectos. Para que aprendiesen la arquitectura del maestro “in situ”, sin moverse de casa. Para que “respirasen”